



www.loqueleo.santillana.com

Título original: NUNCA ES INVIERNO EN LA LUNA

© 2018, Michelle Guzmán

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-812-6

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: José Amado Polanco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Nunca es invierno en la Luna

Michelle Guzmán

Ilustraciones de José Amado Polanco

loqueleg

*Para Diego, que conoce
de planetas y astros lejanos.*

Nunca es invierno en la Luna

9

Bajo el intenso sol de agosto, ese que pica como hormiga caribe, que hace soñar con perderse bajo las olas del mar y así olvidarse del calor, del hambre y de la miseria, se dirigía Santiago (Santi para sus amigos), al hotel Nueva Luna, su hogar desde que tenía seis años.

Habían pasado ya cinco primaveras desde que, desplazados por el huracán que les robó a sus abuelos lo poco que poseían, había entrado al abandonado, pero todavía en pie edificio que se convertiría en refugio no solo para él, sino para un puñado de personas en igualdad de precarias condiciones.

De sus progenitores, Santi no sabía nada, solo que le habían dejado al cuidado de sus abuelos cuando apenas había aprendido a gatear; luego se marcharon, para nunca más volver. Santi había crecido bajo el cuidado de Belo y Mima, quienes

lo acogieron llenos de amor. Para él, ellos eran sus verdaderos y únicos padres.

Santi todavía podía sentir cómo el torrente de agua había invadido las cuatro paredes de madera que sostenían la casita donde vivía con sus abuelos, y cómo el techo de zinc había sucumbido ante la fuerza demoledora de los vientos y el constante castigar de la lluvia.

10

Meses después de vagar sin rumbo, habían llegado al Nueva Luna por pura casualidad. Se habían perdido de camino a un refugio y el hotel se apareció frente a sus ojos cual espejismo. El inmueble ya llevaba tiempo desierto y abandonado a su suerte por sus dueños, para beneficio de los nuevos ocupantes, quienes habían quitado las tablas de madera que protegían la entrada principal, y escogiendo las mejores habitaciones, las habían arreglado con lo poco que lograron recuperar luego de la tragedia.

A Santi le gustaba pensar que el hotel había servido en otras épocas como el lugar para festejos. No era grande, ni imponente, ni tenía pisos llenos de habitaciones, salones y comedores, como las grandes torres que adornaban la avenida del Malecón. Era pequeño, de apenas seis niveles y

apartado de la calle principal, como si quisiera esconderse de la mirada ajena. Pero el Nueva Luna tenía algo que valía mucho más que baños esplendorosos o piscinas profundas como el océano: era valiente, lleno de dignidad y se había mantenido firme frente a las inclemencias del tiempo. No tenía agua potable, ni luz eléctrica, ni nada que se asemejase a un servicio básico. El baño de cada habitación consistía en dos cubetas para aseo y otras dos para el descargue. Aún así, para Santi y los suyos, era el único techo que poseían y estaban agradecidos por ello.

11

Pudiera parecer que todas estas carencias habrían hecho de Santi un niño triste, melancólico, o agresivo. En absoluto. Era alegre, curioso, trabajador, y, sobre todo, optimista. Era uno de esos seres especiales a los que no les detenía nada y que siempre veían el lado bueno de las cosas. Ya a sus once años sabía muy bien lo que quería ser de grande: un astronauta, y cayendo en la cuenta de que el destino lo había llevado a vivir en un lugar que tenía la palabra Luna, estaba segurísimo de que se trataba de un buen augurio. Ahora, todavía no tenía del todo claro cómo llegar de un hotel

cayéndose a pedazos en una isla caribeña a la NASA en los Estados Unidos.

12 Sumido en lunas, astros y viajes intergalácticos, Santi dobló por una esquina aledaña al hotel al mismo tiempo que una camioneta se alejaba en dirección contraria. Se detuvo un momento, sorprendido. La calle del Nueva Luna era una de esas por las que nadie transitaba y la presencia de un automóvil era lo más extraño que había visto en mucho tiempo. Encogiéndose de hombros y con el sol fustigándole sin cesar, siguió su camino y atravesó la puerta del hotel. De inmediato sintió alivio al encontrarse bajo sombra. Eran ya las cuatro de la tarde y sus pies, calzados con unas precarias chancletas, le dolían como la muerte.

Santi se quitó la gorra. Su piel tostada brillaba por el calor de un día dedicado a cortar hierba y arreglar los jardines de las casas donde trabajaba, así que no fue sino con un largo suspiro de alivio que se secó la frente con la manga de su camiseta y echó una mirada a su alrededor: se encontró en el vestíbulo raído, la pintura descascarándose de las paredes, el mostrador de la recepción que servía de hogar a una familia de ratas, y los ascensores

